

LA CAMILA

Hoy mi pensamiento me ha llevado a aquellos tiempos de mi niñez, mis correrías por El Despoblado, El Guapinol, la quebrada de Los Terreros... Los cuentos de los abuelos acerca del Cadejo, de la Carreta Nagua, El Padre sin Cabeza, los cuales contaban como reales al calor del fogón allá en la cocina, mientras se escuchaba el chirriar de la leña al encenderse, dándole un tono fantasmagórico las llamas al elevarse llenando de hollín el techo con sus tejas de barro cocido.

He recordado la historia de La Camila, mujer de Lencho, a quien algunos cuentan que el indio decapitó. Otros decían que, en efecto, Lencho la mató por celos, pero ahorcada allá cerca de La Chorreada...

El pueblito se ubicaba paralelo al Río Grande, donde hoy es la comarca de San Gregorio. Enormes árboles de Guanacaste, Chilamate, robles y encinos rodeaban el paraje. Reinaba la paz y la tranquilidad por doquier, pero aquel año estos atributos legados por Nuestro Señor se esfumaron, decían los ancianos que era un castigo de Dios, la fuerte crecida del Río Grande arrasó con casas, cosechas, perros, chanchos y hasta con algunos habitantes del poblado.

Entonces los Ramírez, los Muñoz y los Lagos, emigraron al nuevo pueblo, Pueblo Nuevo, al que dieron forma organizada como lo enseñaba el legado español: la plaza al centro con la iglesia al frente y, al otro lado, el comando con sus guardias, siempre haraganeando en el corredor o limpiando sus Garands; después, a su alrededor las casas con sus tejados de barro, sus paredes de taquezal y aquel gran patio donde se criaban las gallinas, patos,

chompipes, vacas y caballos... y la vida continuó su curso inexorable.

Al Pueblo Nuevo como se le llamó desde entonces, concurrían todos los domingos, desde La Guayaba, La Palangana, San Sevastián, Río Arriba, Los Capulines, El Paraíso llamado también Los Molinos y Guasaule, los campesinos a caballo o a pincel, vestidos con sus mejores galas, con sus guacales, sacos, alforjas y canastos llenos de cebollas, tomates y repollos...Cinco centavos una cebolla, diez centavos por un repollo, diez o doce guinellos por cinco centavos... Las calles se llenaban con campesinos que las recorrían a caballo, elevando densas nubes de polvo rojizo, mientras gritaban a voz en cuello estimulados por el guarón o la cususa: “! Soy hombre, jodido!” ¡Soy perro a las mujeres! ¡Aquí hay plata jueputa!

Así transcurría el día... Poco a poco los campesinos se alejaban borrachos “arriando” a sus mujeres, sin reales, sin guinellos, sin repollos, dejando éstos en el pueblo a cambio de los riales y los riales a cambio de la cususa, llevando sólo su borrachera y sus mujeres de regreso, porque en fin, PARA ESO TRABAJA EL INDIIO: PARA BEBER CHICHA EL DOMINGO. En el pueblo quedaban los frutos del trabajo y los reales.

Por supuesto que Lencho y la Camila también eran infaltables en el Pueblo Nuevo todos los domingos. El montado en la burra ensillada con aquella albarda de cuero crudo que Froilán había forjado con el cuero de la vaca muca que se murió en aquella sequía (o sequilla de acuerdo al léxico natal), la jáquima hecha con mecate de pita que él mismo hizo y que tenía buen cabresto (el mecate que va de la jáquima para atar a la bestia), largo y fuerte para poder apersogar diario. Vestido con sus buenos caites también de cuero crudo, que dejaban al descubierto sus gruesos dedos, llenos de callos más resistentes que el mismo caite y en los cuales podían apreciarse las niguas que la Camila no había podido

sacar el sábado anterior por la noche. Su camisa de manta, con cuello de boca en V y mangas hasta el codo; su pantalón de yute y el sombrero de palma que logró comprar aquel domingo en la venta de la esquina, que por milagro capeó su costo: cuarenta y cinco centavos que le sobraron después del guarón y los puros de buen tabaco.

Ella, con sus pies descalzos, sus enaguas largas hasta debajo de las rodillas, de manta floreada en azul, rojo y amarillo y su blusa también de manta, con mangas largas hasta el codo. Cargando en aquel guacal grande todo lo que se podía vender en el Pueblo Nuevo.

Mientras Lencho se paseaba por el pueblo montado en su burra, la Camila vendía sentada en la acera de la esquina. Unas horas después se reunían: él para verificar cuántos reales hizo ella producto de la venta.

Te dejo cinco reales, le decía, para que llevés dulce, jabón del país y, en fin, lo que haga falta. No malgastés en babosadas, que la vida está cara.

Y se alejaba espoleando a la burra en busca de chicha, guaro y puros. Por la tarde, el regreso al valle, como todos los domingos.

Aquel día la tormenta azotaba el cerro casi sin dejar trabajar; los truenos y relámpagos atronaban el ambiente; la montaña ni se miraba tan llenita estaba de nubes que cubrían su cabeza; Lencho y Terencio se guarecían de la tormenta debajo de aquel Guanacaste que les protegía de la lluvia, aunque no dejaba de ser un peligro por si un rayo se dejaba caer y les mataba de un solo, pero eso no es nada si PARA MORIR NACIMOS.

Terencio dejó caer lentamente las palabras llenas de segunda intención:

-Qué de averga le quedan a la Camila ese collar y esa pulseras nuevas que le compraste el domingo en el pueblo.

-Yo no lo comprado ni mierda; a saber donde los agarró esa puta di mierda.

Y un puñal de clavó en el corazón y en el alma de Lencho. Un hombre de verdad lava su honra con sangre, no se permite tener cuernos.

El domingo siguiente, igual que los demás anteriores, la Camila vendió y Lencho bebió...pero bebió más que de costumbre. Un velo de odio y celos cubrían su vista, su mente y su alma.

Por la tarde se dispusieron al regreso.

-Camilá, dijo, nos vamos por la Chorreada; es más sombroso y vamos a llegar más frescos.

No había discusión, el hombre había hablado y aunque no quisiera, tenía que obedecer: el marido manda, la mujer obedece.

-Quien quita nos salga el duende allí nomasito en la chorriada; dijo, deseando lencho cambiara de opinión.

-Que duende ni qué patimuerto. Por ahí nos vamos y se acabó.

Y sin más emprendió el camino seguido por la Camila, cabizbaja, meditabunda, triste, con un nudo en la garganta y un negro presentimiento que le acompañó a medida que caminaban por aquel senderito lleno de charcas, acompañados por el grito de los chocoyos, el canto de las hurras y de las palomas y el silbido del viento que daban al ambiente el aspecto de una película de horror.

Bordearon el caserío de la Cofrería y luego avistaron La Casa de Piedra y La Chorreada. La primera, habitación del duende que acostumbraba dejar flores a las muchachas bonitas de la comarca y la segunda, un alerón de piedra de unos doscientos metros de

altura, con sus paredes llenas de formas rojizas, no muy bien definidas a las que debía su nombre y en la cima de la cual acostumbraba el duende subir y sentarse con su ropaje y su gorro rojos.

Bordearon la misma por aquel caminito casi invisible; casi nadie transitaba por ahí por miedo al duende; por fin llegaron donde empezaba un amplio zanjón por el cual corría agua en abundancia debido a las fuertes lluvias de la época. Al pie de aquel gran chilamate, Lencho bajó de la burra, de un manotazo arrancó las correas de cuero crudo de la albarda.

-Venga, dijo con autoridad, aquí le voarregalar unas pulseras mejores que las que le dio ese hijueputa.

-Usté ta loco Lencho. A mí nadie endenantes miaregalado ni mierda.

-No si miaga la loca. Usté sabe de que listoy hablando.

Y sin ningún miramiento la apartó de un manotazo, procediendo luego a atar sus manos con aquel cuero mojado por la lluvia.

-Agora mire usté, li vuaregalan un collar mejor quiquilidio el jueputa.

Con un gesto feroz, cortó el cabresto de la jáquima; hizo en un extremo un lazo corredizo que pasó por el cuello de la Camila, mientras tiraba el otro extremo por una rama del chilamate; escogió una rama muy alta. La Camila callaba aunque su rostro denotaba el pánico del momento; los chocollos del árbol volaron espantados con un bullicio infernal que ahogó los últimos estertores de la sentenciada. Un silencio de muerte sucedió a los hechos de ese día, después, nada....

Esa semana hizo buen tiempo. Como siempre, Terencio y Lencho trabajaban juntos en el arado.

-Nue visto a la camila. Dijo Terencio, mirando de reojo a Lencho.

-Va crer...la puta se jue con el de las pulseras... al cabo ni falta miace... yo labo, cocino y todo... ya mi gua conseguir otra mejor...mujeres es lo que sobra...

Inexorable pasó el tiempo...junio y vino agosto... La noticia se regó por el pueblo... buscando garrobos Ciriaco miró unos zopilotes en aquel chilamatón que hurgaban en unos despojos...eran los restos de algún pobre que se había ahorcado ahí mismo... Y del Pueblo Nuevo llegaron en procesión a ver el muerto; lo bajaron del árbol y la guardia nacional procedió a las averiguaciones.

Atónitos vieron las pulseras que sobresalían a las correas de cuero crudo así como el collar al lazo hecho con aquel cabresto. ¡Es la Camila! La mujer de Lencho, gritó una mujer...lo sé porque le vendí las pulseras y el collar...aquel domingo, entre las patas de los caballos del persogo en el estanco se halló un peso con dos reales con los que me las compró...le juré no contarle a nadie porque dijo que Lencho la mataba si le gastaba los reales.

Trajeron a Lencho para reconocer el cadáver...un guardia le espetó: ¡vos la mataste!... y vino la acusación... la muchedumbre clamaba justicia, pues no se habían visto muertos en tragedia después del desborde del Río Grande...

¡Qué lo cuelguen también! Gritaban enardecidos...

Se procedió a enterrar a la difunta... La cabeza se había desprendido del cuerpo, quebrada al ser ahorcada y la muchedumbre aconsejó que Lencho debía acompañarse de aquella calavera como escarnio a su villanía...

Así quedó preso acusado de asesinar a la Camila y acompañado por la calavera...Los domingos era paseado por toda la plaza cercana al cuartel y la muchedumbre exigía:

-¡Que la bese! ¡Qué bese a su mujer ese hijueputa mal parido!

Y Lencho la besaba mientras gritaba: Yo la quirilla...pero la puta mi la pegó!

Y aquel domingo el sargento Pérez ordenó al cabo González sacar al preso para su paseo...

¡Ese indio hijueputa hoy no sale! ¡está muerto abrazando su calavera!

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>